

## LA AMISTAD EN EL PLANETA VIRTUAL. DIÁLOGOS CON PEDRO NAVARRO FLORIA

Florencia Roulet<sup>1</sup>

En el 2003 yo llevaba cerca de doce años viviendo fuera del país. Cuando se está lejos por tanto tiempo, se vive en una ciudad pequeña sin universidad ni bibliotecas especializadas y se está criando hijos aún chicos, no resulta siempre fácil mantenerse al tanto del conjunto de la producción académica generada del otro lado del mundo sobre los temas que nos interesan. Fue entonces que Sabine Kradolfer, antropóloga suiza que realizaba su trabajo de campo en comunidades mapuches de Neuquén para su tesis doctoral<sup>2</sup>, me mencionó los trabajos de Pedro Navarro Floria, a quien había conocido en alguna de sus numerosas estadias en Argentina. Ese contacto inicial con Pedro fue el punto de partida de un intercambio invaluablemente enriquecedor y de una amistad que con el tiempo fue creciendo en la red, aunque sólo nos hayamos visto en persona una vez, dos años más tarde, en un encuentro organizado en la Legislatura de Buenos Aires. ¡Maravillas de la globalización y de la comunicación cibernética!

No tengo registrado quién dio el primer paso, pero sí que tras el envío recíproco de algunos trabajos que veníamos publicando comenzó en el acto un diálogo tan rico y fluido que tuve la extraña sensación de trabajar lado a lado, reflexionando en simultáneo sobre los mismos problemas, alternando puntos de vista, intercambiando bibliografías y complementando enfoques respetuosamente y en total confianza, como si nos conociéramos de toda la vida. Lo que no dejaba de causarnos cierto desconcierto: “Hola Pedro” –le escribía al poco tiempo de iniciar esa conversación virtual- “Empiezo por aclararte que nunca sé bien cómo encabezar mis mensajes, porque ‘estimado’ me suena un tanto formal y ‘querido’ es inapropiado cuando nunca nos hemos visto las caras. Pero por lo que ha venido siendo nuestra correspondencia hasta ahora y por lo que me ha contado Sabine de vos, ya te siento como un viejo amigo”. Y en eso terminamos convirtiéndonos Pedro y yo, en efecto.

Por eso, a la hora de recordarlo con nostalgia, cariño y enorme admiración por su inteligencia y generosidad, repaso los cientos de mensajes que nos fuimos

---

<sup>1</sup> Antropóloga. Correo electrónico: flo.roulet@gmail.com

<sup>2</sup> Sabine defendió su tesis sobre la organización social, el don y la identidad en las comunidades mapuche de la provincia de Neuquén en el 2005 en la Universidad de Lausanne y en la Universidad de París III.

cruzando desde entonces mientras se sucedían las estaciones, los viajes, las lecturas, los acontecimientos de nuestro siempre agitado país, las bruscas aceleraciones de fin de año, los bienvenidos silencios en tiempo de vacaciones y las menudencias de la vida cotidiana. Poco a poco voy recuperando sus frases elegantes, concisas y llenas de humor. “A mí me pasa lo mismo en relación con el encabezamiento de los mails”, me había respondido aquella vez. “Es que habíamos perdido la vieja costumbre de escribir cartas, hasta que apareció esto (¿Qué documentación usarán los historiadores del futuro?). Creo que esta herramienta nos toma tan de sorpresa que todavía no sabemos aprovecharla a fondo... Me apasiona esto de charlar de un lado a otro del mundo”. Aunque a veces estas máquinas de las que terminamos dependiendo nos volvieran locos: “Estoy con la pc en arreglos y, lo que es más extraño en el siglo XXI, con unos ruidos en la línea telefónica como los de la época de ENTEL, que prácticamente me impiden conectarme a internet”, me decía una vez. “Tengo el mismo problema con la nota 14, que no quiere irse al Huenu Mapu de los Textos Suprimidos”. “El poltergeist que vive en mi laptop me complicó la vida”. Tras la frustración, el alivio y la claridad en las prioridades: “Feriado del 25/5, loco y acidez de por medio, se solucionaron los problemas tecnológicos. Es cierto que somos casi adictos, pero una cosa que me impongo para vivir un poco mejor es no abrir el mail los domingos y feriados”.

“Lo que escribís siempre me dispara la máquina de pensar, me sugiere preguntas y nuevos ángulos desde donde ver mis propios temas”, le comenté en uno de mis primeros mensajes, y es una constatación que he seguido haciendo hasta ahora. Sus trabajos sobre Sarmiento, los viajeros y científicos del siglo XIX y los debates parlamentarios acerca de la cuestión indígena (Navarro Floria 1999,2000 a,b,c; 2002 a,b y 2003,a,b), trataban asuntos que me parecían de interés fundamental para comprender cómo se había construido la representación del indígena y de sus territorios en el imaginario dominante a partir de la segunda mitad del siglo XIX, sirviendo de fundamento y de justificación ideológica de las campañas militares que terminarían liquidando la existencia autónoma de esas sociedades y anexando sus tierras al territorio de los Estados nacionales en formación. Era importante a mis ojos vincular ese discurso acerca de la frontera, del mundo indígena y sus habitantes, omnipresente en la literatura, la prensa, los debates parlamentarios y hasta en la plástica, con la evolución que simultáneamente se daba en el derecho internacional e interno sobre los pueblos originarios, gracias a lo cual apareció como natural e inevitable la “nacionalización” de territorios externos a la nación. En cuanto se lo sugerí, me propuso que escribiéramos juntos un trabajo en el que intentamos explicar, en un enfoque comparativo entre la Argentina y los Estados Unidos, los mecanismos ideológicos y los artilugios legales que permitieron la metamorfosis de pueblos hasta poco antes considerados como “soberanos externos” en “rebeldes internos” al tiempo que las fronteras con los indios se redefinían como “fronteras interiores” (Roulet y Navarro Floria 2005). El primer borrador fue, para Pedro, “como un relato que atraviesa todo lo que vengo escribiendo desde hace 10 años, iluminando rincones y atando cabos sueltos”. Tras meses de pulir un texto que iba y venía entre Neuquén y Monthey, agigantándose hasta alcanzar proporciones

inquietantes –e impublicables-, nos quedaban aún ánimos para reírnos: “Notas y puntos: Tampoco estoy muy seguro. He recibido invectivas y maldiciones gitanas de distintos editores, tanto por poner el numerito antes del punto como por ponerlo después. Dejémoslos como están y veamos cómo reacciona el que nos toque. Puede ser un buen tema para armar un foro de discusión en Internet...”, sugería Pedro con admirable sentido común.

Pedro señalaba constantemente en sus comentarios el papel nada inocente que jugó la comunidad científica en aquellos debates decimonónicos sobre la naturaleza de las sociedades indígenas: “Los científicos que justifican la selección natural entre las ‘razas’, ¿no están encubriendo una cuestión realmente social y política? ¿Hasta dónde llega la ‘guerra de razas’ y dónde empieza la ‘guerra social’ en el XIX? ¿Cuándo los indios dejan de ser indios y pasan a ser pobres? Si tuviera que reescribir ese artículo sobre Darwin y *cía.*, haría más hincapié en que la frontera para esa ‘vanguardia capitalista’ es la frontera, precisamente, del capitalismo, y que en función de eso es que ven el peligro que representa el otro orden, el del mundo fronterizo, en cuanto resiste al avance (¿inexorable?) de la ‘civilización’ = capitalismo. El juego de solapamientos del discurso científico sobre el teológico y del político sobre ambos refuerza mi tesis básica acerca de la relación ciencia-política en el XIX: que contrariamente a lo que se suele decir sobre una política positivista fundada en argumentos científicos, lo que hay es una ciencia fundada en argumentos políticos”.

Analista agudo de los resortes de la mirada “científica” sobre el ámbito patagónico y sus habitantes, Pedro constataba: “Siempre me llamó la atención –y por eso lo estudié detenidamente<sup>3</sup>, la claridad con que la obra antropológica de d’Orbigny, *L’homme américain*, conceptualiza en la década de 1830 la existencia de lo que él llama ‘indios libres’ y fundamenta su incompatibilidad con el Estado y la sociedad moderna. También es llamativo lo poco leída –o poco citada- que fue esta obra de d’Orbigny por antropólogos e historiadores, y lo mucho que fue su *Voyage*, más pintoresco pero menos sustancioso. Me parece interesante porque creo que allí hay un verdadero giro del lenguaje científico, que refleja inquietudes de la opinión pública de la época y necesidades de la política colonialista”. “El mejor ejemplo [de esa mirada ‘científica’] es d’Orbigny aunque les pasa a todos: al ver de cerca (ciencia de frontera, le dicen los españoles actuales)<sup>4</sup>, perciben los matices y las transiciones (el d’Orbigny del *Viaje*); a medida que se alejan, se cristalizan las diferencias y aparecen las clasificaciones taxativas, funcionales al esquema colonialista/imperialista (el d’Orbigny de *El hombre americano*). Desaparecen los bárbaros, la frontera se invisibiliza como zona y como sociedad (y pasa a ser definida como línea militar), y quedan solamente salvajes del otro lado”. En otro mensaje abundaba en el mismo sentido: “en el imaginario colonial todavía hay un ‘bárbaro’ que puede ser ‘buen salvaje’, como los tehuelches en la escritura de las expediciones

---

<sup>3</sup> Cf. (Navarro Floria 2004).

<sup>4</sup> Cf. (Navarro Floria 1996-1997).

ilustradas españolas, que a veces son considerados asimilables o por lo menos no hostiles. Después de la independencia –en el Río de la Plata, quizás después del giro que señalás en 1820- hay un desencantamiento: ya no hay salvajes buenos. Los matices se esfuman, y este borramiento de los matices es lo que produjo nuestra historiografía de la frontera, donde hay, como te señalo en algún punto, ‘indios’ vs. ‘blancos’ y desaparece la sociedad mestiza fronteriza. Creo que el gran divulgador de ese desencantamiento, en nuestro ámbito, es Sarmiento, como también del tema del ‘desierto’. Mi hipótesis es que la cristalización de la diferencia tiene que ver con la paralización de la ciencia de frontera después de d’Orbigny, y sobre todo con la necesidad política de designar un enemigo para legitimar la apropiación de sus tierras y recursos. Por eso la ciencia de la segunda mitad del XIX, en el campo antropológico, funciona –creo- como una usina de argumentos para la conquista, absolutamente permeada por el programa político”. Difícil explicar ese vínculo entre ciencia y política con más claridad.

Y por esa misma convicción de que la ciencia está invariablemente al servicio de la política, pero que ésta no tiene por qué ser siempre mala, es que sostenía que, en la actualidad, “lo único que puede salvar a la política en este bendito país es el trabajo de base, de ideas y a mediano y largo plazo”, tarea que también nos compete a nosotros en tanto académicos. En perfecta coherencia con lo que pensaba, cuando en la segunda mitad del 2004 el diario *La Nación* publicó dos notas que ensalzaban la figura de Julio A. Roca y denostaban a “una historiografía carente de toda documentación [que] sostiene que la expedición de Roca de 1879 contra los indios, fue un genocidio” –revelando “supina ignorancia” u ocultos “intereses de reivindicaciones territoriales”<sup>5</sup>-, Pedro se sintió moral y profesionalmente obligado a responder. El breve texto que envié a la redacción del diario el 26 de noviembre sigue llenándose de emoción:

Sr. Director, Tengo el agrado de dirigirme a Ud. motivado por la lectura del artículo del Sr. Juan José Cresto sobre "Roca y el mito del genocidio" publicado el pasado martes 23. Me siento directamente aludido por él en cuanto he aplicado, en publicaciones académicas, ponencias y conferencias, el concepto de "genocidio" para caracterizar el proceso derivado de la conquista de la Pampa y la Patagonia por el Estado argentino entre 1875 y 1885. Me tomo el atrevimiento de pedirle al Sr. Cresto, en primer lugar, que no descalifique tan contundentemente ni juzgue las intenciones de los historiadores que, a partir de un cuidadoso estudio de la documentación escrita, oral y fotográfica disponible, del análisis de los procesos históricos implicados y de la discusión de nuestros avances de investigación en los

---

<sup>5</sup> Se trata de una editorial sin firma titulada “Respetemos nuestra historia”, aparecida el 13 de junio del 2004 y de una carta de lectores de Juan José Cresto, entonces cuestionado director del Museo Nacional de Historia y presidente de la Academia Argentina de Historia, el 23 de noviembre de ese mismo año. En sus ediciones del 28 de noviembre, del 6, 8 y 20 de diciembre, *La Nación* publicó otras cartas de lectores elogiando la opinión de Juan José Cresto y yendo incluso más lejos que él en sus comentarios agraviantes hacia los mapuches.

más calificados ámbitos académicos nacionales e internacionales, hayamos arribado a conclusiones o a visiones de la historia diferentes de la suya. Podría señalar serias inexactitudes en su descripción de los hechos. Por ejemplo, no es cierto que la pampa estuviera completamente desierta: desde los querandíes que obligaron a despoblar la primera Buenos Aires hasta los ranqueles que visitó Lucio V. Mansilla, los "pampas" tapalqueneros o azuleros que trabajaban la tierra e intercambiaban activamente en los mercados de campaña del siglo XIX o los innumerables indígenas representados por la pintura, la literatura y la prensa de la época en las mismas plazas y calles de Buenos Aires, eran habitantes de esa Pampa. Este simple ejemplo es ilustrativo de lo que significan los mitos en la historia: representaciones sociales formuladas por actores identificables y consistentes con sus intereses o su visión del mundo, que se constituyen en estereotipos acerca de una determinada realidad y se repiten acríticamente durante generaciones. En torno de la conquista de la Pampa y la Patagonia hay mucha mitología: uno de los mitos corrientes es el del "desierto"; otro es el del indígena "salvaje"; otro es el de la guerra fronteriza, que Cresto también glosa. El general Roca, precisamente, fue uno de los más hábiles constructores de mitos sobre el tema -no en vano le decían "el Zorro"- con el propósito de legitimar sus decisiones políticas. Una de las más notables representaciones generadas por Roca, desmentida hace ya años por historiadores de renombre, es la de la "estrategia defensiva" de Alsina, cuando es evidente que ambos, como bien señala Cresto, respondieron al programa de un mismo gobierno sin solución de continuidad. La cuestión es que, en la época, muchos aceptaron la necesidad de la conquista y sus consecuencias. Pero otros muchos se escandalizaron -los testimonios documentales abundan- con la crueldad de la guerra fronteriza, con las matanzas de prisioneros, los traslados forzados y el desmembramiento de comunidades -como los tehuelches del Chubut y de Santa Cruz, por ejemplo- absolutamente pacíficas y aliadas al Estado argentino, el reparto de familias y la reducción a la servidumbre de personas a las que no se reconocía el status de ciudadanos. Si a fines del siglo XIX no había una palabra que definiera eficazmente esa barbarie, la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio adoptada por la ONU en 1948, hoy incorporada a nuestra Constitución Nacional, sí nos la brinda: la destrucción total o parcial de un grupo étnico mediante la muerte, la lesión grave a la integridad física y mental, el traslado forzado de niños fuera de sus familias, etc., se llama genocidio. En esta caracterización de un proceso histórico y social no hay ni ignorancia ni ocultas reivindicaciones territoriales. Sí hay la intención de conocer más y mejor el pasado y el presente, de reconocer las cicatrices aún visibles de tanta violencia en la piel de nuestra querida nación mestiza, y de construir un futuro común sobre los valores de la vida y no sobre la muerte del otro. Pedro Navarro Floria Doctor en Historia Investigador del CONICET Director del Centro de Estudios Patagónicos, Universidad Nacional del Comahue.

Su carta de lectores nunca tuvo cabida en las páginas de La Nación, lo que me impulsó a lanzar una campaña de adhesiones entre colegas historiadores –a la que en seguida se sumaron antropólogos, arqueólogos, geógrafos y otros profesionales de las ciencias sociales- que en apenas dos semanas logró sumar más de un centenar de

firmas. El texto de Pedro y la lista de adhesiones se publicaron por fin en el sitio de Indymedia (Roulet 2005), siendo retomados por numerosos sitios en la red y dando el impulso inicial de las Jornadas para Pensar Juntos “La Historia de Nosotros”, organizadas por la diputada Susana Etchegoyen en la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. La primera tuvo lugar en mayo del 2005 y fue en esa ocasión en que pudimos por fin conocernos personalmente. En septiembre del 2009, cuando *La Nación* volvió a lanzar una embestida contra los indígenas en general y los mapuches en particular, esta vez por medio de la pluma de Rolando Hanglin, Pedro me escribió, con su habitual lucidez, que la estrategia del diario de los Mitre consistía en “presentar sus peores tesis a través de opinólogos que no pretenden rigor científico y por esa razón serían inimputables”, por lo que descontaba que la respuesta que mandé a la redacción tampoco sería publicada. “No te desalientes, que ésta es una batalla de toda la vida”, me había anticipado ya años antes... Salir al cruce de este tipo de discursos hegemónicos era, para Pedro, “la forma de hacer visibles las políticas de la memoria que están detrás de otras políticas más palpables y cotidianas”.

Aquel breve encuentro en el 2005 fue único y me deja la nostalgia de tantas charlas que imaginamos y que ya no serán posibles. Por eso vuelvo a buscar el eco de su voz en sus mensajes electrónicos donde lo serio nunca se convertía en solemne: “Si no se te pianta un lagrimón leyendo a Hudson –me contestaba a propósito de la emoción que me había suscitado su artículo sobre Guillermo E. Hudson (Navarro Floria 2004b) - es porque en vez de corazón tenés un bife de chorizo. Si logré el mismo efecto comentándolo, mejor”. En febrero del 2004, valorando “la línea de estudios que abrieron aquí en los ’80 Mandrini, Palermo y otros sobre la economía indígena pampeana, relacionada en algún punto con los estudios renovadores del campo de la historia rural de la Pampa Húmeda y en otro con la revalorización de la diversidad cultural”, Pedro me señalaba que no se había avanzado aún lo suficiente, a su juicio, “en el análisis social de la frontera” a la que veía como un mundo predominantemente mestizo, tanto en lo biológico como en lo cultural. Comentando un trabajo mío sobre la imagen del indio que reflejó Manuel Baigorria en sus *Memorias* (Roulet 2003), en el que abordé los conflictos que sufrió este refugiado unitario entre los ranqueles en su delicada condición de mediador entre dos culturas, Pedro me decía: “Creo que admite otra vuelta de tuerca sobre la cuestión de las lealtades divididas que expresa Baigorria y sus fuentes o motivaciones. Me parece que seguimos muy atados a la lectura de la frontera en clave ‘interétnica’” cuando estos personajes, precisamente, son una oportunidad inigualable para introducir otras claves, por ejemplo la política o la sociológica. Se me ocurre, por ejemplo, pensar en la trayectoria de Baigorria de los toldos ranqueles al círculo de Arredondo y Roca como un ascenso social, y a partir de allí releer su mirada sobre los indios tomados no como etnia sino como clase”.

Aunque coincidiéramos en muchas cosas, Pedro y yo no veíamos el mundo indígena con los mismos ojos. Él le desconfiaba a esa “clave de lectura interétnica” e insistía en destacar el carácter mestizo y culturalmente híbrido del mundo fronterizo, viendo frontera allí donde detectaba interacciones y mestizajes. La Pampa y

Patagonia antes de su conquista militar eran para Pedro “espacios fronterizos aún no sometidos efectivamente a la autoridad estatal” y los caciques que firmaban tratados con el Estado, “caciques fronterizos del sur” (Navarro Floria 2003b), mientras que para mí, habituada al enfoque etnohistórico que busca la visión del Otro, esos espacios y esas gentes eran indígenas. “Donde hablabas de la persistencia de identidades mestizas y por ende fronterizas, me permití añadir un “indígenas y mestizas”, porque me parece importante no dejar que lo indígena se diluya en lo mestizo: de otro modo parecería que hoy no tiene entidad ni validez propia”, le señalaba cuando trabajábamos las conclusiones de nuestro artículo.

Esta diferencia de puntos de vista pudimos debatirla extensamente en un largo intercambio que tuvimos en los primeros meses del 2005 esta vez de a tres, puesto que sumamos a Gabriela Nacach, joven antropóloga con quien Pedro venía trabajando desde tiempo atrás sobre *La excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla. Ese debate cibernético nos ayudó mucho a entender mejor de qué estábamos hablando y a definir futuras líneas de investigación. Cuando Pedro y Gabriela me mandaron el artículo que acababan de terminar (Nacach y Navarro Floria 2004), encontré que habían logrado caracterizar muy bien el mundo informal de la frontera, pero les señalé también que no quedaban muy claros sus límites vistos desde el lado indígena, ya que “tierra adentro” y frontera parecían ser la misma cosa, como si no hubiera a esa altura una sociedad propiamente nativa. A mis ojos, Mansilla reflejaba la existencia de “un vasto e incierto espacio –geográfico y humano- de transición entre el territorio controlado por el Estado y el mundo indígena, espacio donde proliferaban las categorías híbridas de ‘gauchos netos o malos’ e ‘indios gauchos’ y que vendría a ser propiamente hablando ‘la frontera’”. O lo que Richard White había bautizado como *middle ground*. Pero las tolдерías de Leuvucó a las que Mansilla se refería como “el recinto vedado” eran “mundo indígena, desde ya permeable, abierto, receptivo, profundamente transformado por la inmediatez de la frontera, pero mundo indígena al fin, si no queremos caer en una visión esencialista y ahistórica de lo indígena”. Pedro, con una modestia de la que pocos hacen gala, me contestó con una serie de preguntas: “¿Las tolдерías mundo indígena? ¿Eso no implica el esencialismo que decís y que queremos evitar? ¿Por qué sólo el mundo blanco es permeable y de bordes difusos? No contesto: pregunto”.

Así arrancó una charla que duró varios meses, que nos llevó a reflexionar, a hacer explícitos nuestros supuestos y a matizar nuestras posiciones mientras nos pasábamos la palabra en una mateada cibernética: “A ver, chicas, disculpen que me meta en la charla, pero traigo unos bizcochos para el mate... Sigo aprendiendo algo todos los días. Me encanta cuando tiro un brulote y Flor con su meticulosidad le pinta todos los matices necesarios, y Gabi lo engancha con lo que venimos trabajando. Un lujo. No puedo sino estar de acuerdo”. Así como era capaz de cambiar de opinión si alguien le aportaba argumentos convincentes, Pedro expresaba con toda honestidad intelectual sus dudas, como pensando en voz alta: “Me parece muy interesante todo lo que comentás sobre el carácter esencialmente permeable del mundo indígena. Nunca me lo había planteado de esa manera. Prejuicios de huinca. Creo que tenés mucha razón en eso. Sin embargo, me cuesta renunciar a considerar frontera, para esa

altura del XIX, a toda la Pampa. Me baso en la permanente diferenciación que se hace –desde el campo huinca, es cierto- entre ese mundo profundamente transformado por los usos e intercambios con lo hispanocriollo, y la Patagonia donde apenas se usa el caballo pero la gente, los usos y la estructura de la vida material siguen siendo fundamentalmente indígenas. De ese modo, sigue existiendo un mundo indígena ‘puro’ –si se puede decir- y otro mestizo bastante distintos. Admito que el argumento es débil y subjetivo, precisamente porque no hay límites claros. También encontramos claros rasgos de mestizaje entre los tehuelches de Musters, por ejemplo. Lo que nos proponemos, de cualquier manera, no es clasificar y trazar rayas en el mapa, sino advertir que allí no hay un desierto vacío sino gente que vive, con todo lo que eso implica. Y que no son radicalmente otros, por lo menos en las zonas de contacto más inmediatas, sino los mismos o casi que de este lado”.

Lo que Pedro proponía en su trabajo cotidiano de historiador era nada más y nada menos que demoler algunos mitos consagrados en nuestro país, como el de la nación “blanca y europea”. Pero era consciente de que no bastaba con cuestionarlos sino que había que reemplazarlos por otras representaciones –seriamente fundadas- de la realidad histórica: “Tengo años de trabajo de perfeccionamiento docente en el tema de la memoria social, los actos escolares, etc., y cada vez me convengo más de que a una mitología debe sustituirla otra: no hay sentido de pertenencia o ‘proyecto colectivo de vida en común’ sin mitología”. Por eso, el desafío a afrontar es “cómo formular una nueva mitología de la Argentina como país multicultural”. Las diversas pistas que fueron surgiendo en este intercambio quedaron reflejadas en nuestros trabajos posteriores (Navarro Floria y Nacach 2005; Roulet 2003, 2006, 2008, 2009), pero lo que no siempre parece evidente para quien lea esos textos es en qué ambiente de franca discusión se “cocinaron”. Cuando Pedro y María Andrea se lanzaron a escribir una *Historia indígena del sur argentino* (Navarro Floria y Nicoletti 2008), vasto programa que implicaba “rehistorizar a las poblaciones olvidadas y revalorizar sus legados, su presente y su futuro”, me hicieron el honor –que recibí como un guiño cómplice hacia nuestro debate acerca de lo indígena- de pedirme que la prologara.

A Pedro le gustaba escribir en asociación con otros colegas: su mujer María Andrea, sus ex-discípulos, especialistas de otras disciplinas, viejos amigos o conocidos virtuales con quienes compartía análogos centros de interés. Imagino que mucha otra gente debe tener guardados en la memoria de sus computadoras mensajes tan llenos de ideas, de dudas y de sugerencias como los que atesoré en la mía. Su capacidad de trabajo era tan fenomenal como su generosidad y su desinterés por el estrellato. Quizás ésas fueran las condiciones necesarias para colaborar de modo fecundo con gente diversa en un ambiente académico competitivo y a veces mezquino. Pedro parecía llevarse bien con todo el mundo y no tenía reparos en reconocer el mérito ajeno ni en formular con sinceridad sus discrepancias. Cultivaba una relación especialmente cordial con sus colegas chilenos y disfrutaba enormemente de los encuentros regulares con ellos, que siempre eran ocasión para alternar el debate serio con buenos asados copiosamente regados con vino de uno u otro lado de la cordillera. Sensible al placer de la buena mesa, ponía casi en el mismo

plano los intercambios gastronómicos y los intelectuales. Promotor de un cambio de percepción de los Andes como obstáculo por la noción de corredor interoceánico, Pedro sostenía que este cambio debía tener su correlato en el desarrollo de vínculos de cooperación y de amistad entre historiadores argentinos y chilenos, aunque a veces la cordillera terminara efectivamente fungiendo de barrera: “estuve en Malargüe invitado a una ‘cumbre historiográfica binacional’ –me comentaba en noviembre del 2004- con Martha Bechis, Walter Delrío et al. Por el lado chileno estaban invitados L. León, L.C. Parentini, S. Villalobos, etc., pero no pudieron llegar por un alud en la cordillera. Esta gente de Malalhue (como los estamos convenciendo de que rebauticen a la localidad) es un grupo de profesores de secundaria y terciaria que tienen el enorme mérito de armar, con apoyo del municipio, cada año unas jornadas que titulan Cordillera Sur, e invitan a argentinos y chilenos de muy buen nivel. Esta era la quinta, y para mí la tercera ...”

A esos encuentros frecuentes se sumaban otros congresos y jornadas académicas y la exigencia cotidiana de las clases, el seguimiento de sus tesis, la corrección de trabajos, la preparación de conferencias, la escritura como ejercicio diario y la lectura como pasión. Un ritmo vertiginoso que sugiere, retrospectivamente, que quizás Pedro intuyera que sus días serían demasiado breves: “Yo también tengo la sensación permanente de ir dejando temas interesantes para otro momento (¿?), y me di cuenta de que hay que retomarlos porque si no quedan ahí...”.

Al filo de nuestra correspondencia, nuestros temas de trabajo fueron diversificándose y llevando a cada cual por su propia senda, mientras los hijos crecían y empezaban a volar con sus propias alas: “Nosotros también andamos en la etapa de la paternidad de adolescentes, pero ya más avanzaditos –me comentaba en marzo del 2008 con inocultable orgullo paterno - Paloma está por cumplir 21 y en plena carrera de Comunicación Audiovisual; Felipe (18) está por comenzar Comunicación Social en la UBA; y Pablo (13) acaba de estrenar secundaria. La novedad del año es que terminamos la primaria”. Aunque la comunicación fue haciéndose menos asidua, cada fin de año seguí recibiendo una sobria pero sentida tarjeta navideña que Pedro enviaba a sus amigos, en la que asomaba una de sus facetas más profundas y menos evidentes. En el 2007, acompañando un dibujo de Leonardo da Vinci con la virgen, santa Ana, Jesús y el pequeño san Juan, había elegido:

"Como una madre acaricia a su hijito,  
así Yo los acariciaré a ustedes"  
(Isaías 66,13)

A través de esas citas vine a descubrir una religiosidad en Pedro para mí insospechable a partir de sus trabajos, escritos desde una perspectiva totalmente laica. Su relación con lo divino era sin embargo tan intensa como íntima, tan auténtica como discreta -casi diría púdica- lo que la agnóstica que soy supo valorar doblemente aunque no llegara a decírselo. Siempre pertinente y respetuoso en la crítica,

estimulante en la sugerencia, pronto a dar una mano o un buen consejo, Pedro fue para mí mucho más que un invalorable colega, un verdadero amigo en el evanescente planeta cibernético y un hombre sensible que no temía reconocer públicamente algunas verdades que rara vez solemos oír las damas en labios de los caballeros: “Por más que me ponga viejo no dejo de sorprenderme con la capacidad intuitiva de algunas personas, generalmente mujeres (no me gusta subrayar las diferencias entre sexos, porque básicamente creo que somos todos personas con las mismas capacidades, pero hay que reconocer que la famosa intuición femenina existe y es una forma muy sutil de inteligencia)”.

El 2 de diciembre del 2010 Pedro fue uno de los destinatarios de un mail colectivo que mandé difundiendo una muy buena nota de Darío Aranda sobre los incidentes que habían causado días antes la muerte en Formosa de un indígena qom y de un policía. Como siempre, Pedro acusó recibo casi inmediatamente con un escueto “Buenísimo, gracias”. Serían las últimas palabras tuyas que me tocaría leer. Magro consuelo para la tristeza inmensa que me provoca su pérdida, estas cartas que ahora releo y comparto con ustedes me quedan como huella de su presencia y legado precioso de su amistad.

## Referencias

- NACACH, Gabriela y Pedro NAVARRO FLORIA (2004). El recinto vedado. La frontera pampeana en 1870 según Lucio V. Mansilla. En *Fronteras de la Historia* 9: 133-157 (<http://redalyc.uaemex.mx/pdf/833/83300907.pdf>)
- NAVARRO FLORIA, Pedro (1996-1997). Ciencia de frontera y mirada metropolitana : las ciencias del hombre ante los indios de la Araucanía , las Pampas y la Patagonia (1779-1829). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17.
- \_\_\_\_\_. (1999). “Un país sin indios. La imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente Estado argentino”. *Scripta Nova*, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales (Barcelona), 51, <http://www.ub.es/geocrit/sn-51.htm>;
- \_\_\_\_\_. 2000a. “Sarmiento y la frontera sur : de tema antropológico a cuestión social (1837-1855). En *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 37, Hamburgo (<http://www-gewi.uni-graz.at/jbla/jahr00.htm> - 125);
- \_\_\_\_\_. 2000b. “Domingo F. Sarmiento en el debate argentino y chileno sobre los pueblos indígenas del sur (1841-1856)”. En *Revista de Estudios Trasandinos* 4, Santiago de Chile (<http://www.geocities.com/estrasandinos/articulos/articulo02/articulo291.htm>).
- \_\_\_\_\_. 2000c. “La mirada de la vanguardia capitalista sobre la frontera pampeano-patagónica: Darwin (1833.34), Mac Cann (1847), Burmeister (1857)”. En *Saber y Tiempo* 10; 2001.

- \_\_\_\_\_ 2002a "El *salvaje* y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879". *Revista de Indias* (Madrid), LXI-222.
- \_\_\_\_\_ 2002b. "El discurso parlamentario sobre la frontera indígena del sur en la época de la cesación de Buenos Aires (1853-1861): conflictos y desarmonías". *Investigaciones y Ensayos* 52.
- \_\_\_\_\_ 2003a. "El *desierto* y la cuestión del territorio en el discurso político argentino sobre la frontera Sur". *Revista Complutense de Historia de América* 28: 139-168.
- \_\_\_\_\_ 2003b. "El discurso parlamentario sobre la frontera indígena del sur entre Pavón y la ley 215 (1862-1867): la construcción de un acuerdo". *Investigaciones y ensayos* 53: 153-194.
- \_\_\_\_\_ (2004). "La Patagonia en la clasificación del hombre. El desencantamiento de los "patagones" y su aporte a la historia de la Antropología". *Revista Española de Antropología Americana* 35: 169-189. (<http://revistas.ucm.es/ghi/05566533/articulos/REAA050110169A.PDF>)
- \_\_\_\_\_ (2004b). "William H. Hudson en la naturaleza patagónica (1870 y 1893): último viajero científico y primer turista posmoderno". *Revista Theomai* 10 (<http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero10/artnavarrofloria10.htm>).
- NAVARRO FLORIA, Pedro y Gabriela NACACH (2005) "La frontera pampeano-patagónica antes de la conquista, a través de la literatura de viajes: nuevas preguntas sobre viejas fuentes. 2° Encuentro Las Metáforas del Viaje y sus Imágenes. La Literatura de Viajeros como Problema (Rosario, 18-20 mayo 2005). Libro de Actas, UNR, Rosario. CD-Rom.
- NAVARRO FLORIA, Pedro y María Andrea NICOLETTI (2008) 2008. *Los que llegaron primero. Historia indígena del Sur argentino*. Deauno Documenta.
- ROULET, Florencia y Pedro NAVARRO FLORIA. 2005. De soberanos externos a rebeldes internos : la domesticación discursiva y legal de la cuestión indígena en el tránsito del siglo XVIII al XX. *Revista TEFROS* vol. 3, n° 1.
- ROULET, Florencia, (2003). "Ojos de exiliado. Notas al margen de una lectura de las *Memorias* de Manuel Baigorria". *Investigaciones y Ensayos* 53: 265-300.
- \_\_\_\_\_. (2005). Genocidio en las Pampas. Crónica de una polémica abortada (<http://argentina.indymedia.org/news/2005/02/264061.php> )
- \_\_\_\_\_ (2006). "Fronteras de papel. El periplo semántico de una palabra en la documentación relativa a la frontera sur rioplatense de los siglos XVIII y XIX". *Revista TEFROS* 4, 2 (<http://www.tefros.com.ar/revista/v4n2p06/paquetes/roulet.pdf> ).
- \_\_\_\_\_ (2008). "Embajadoras y hechiceras indígenas. El poder de las mujeres en la frontera sur. *Todo es Historia* 489: 6-24.
- \_\_\_\_\_ (2009). "Mujeres, rehenes y secretarios: mediadores indígenas en la frontera sur del Río de la Plata durante el período hispánico". *Colonial Latin American Review* 18, 3: 303-337.